

Las claves de fondo, que ya habrá advertido el lector, son que la fe sobrenatural eleva el conocer personal, la esperanza la coexistencia libre, y la caridad el amor personal. De manera que, a distinción del planteamiento tradicional que vinculaba estas virtudes sobrenaturales a la inteligencia y a la voluntad, el autor, siguiendo a Polo y aduciendo profusión de textos polianos, las vincula al acto de ser personal, en concreto, a cada uno de los trascendentales personales.

Que este libro, tan sintético como profundo, es muy sugerente se puede advertir en un detalle práctico: la edición se agotó sólo una semana tras su aparición.

Juan Pablo Puy
juanpablopuy@gmail.com

A. Rodríguez Sedano, *Libertad y actividad. Estudio sobre la antropología trascendental de Leonardo Polo*

Eunsa, Pamplona, 2018, 394 pp. (publicada en *Scripta Theologica*)

Hay filósofos que descubren nuevos horizontes para la vida intelectual de los hombres. También es tarea de la filosofía hacer valer los descubrimientos intelectuales en el marco de la vida social y cultural de los seres humanos. Y es que la filosofía es el empeño humano de vivir de acuerdo a la realidad y según la altura de la propia humanidad. Las páginas de este libro están permeadas de los descubrimientos filosóficos llevados a cabo por Leonardo Polo. Pero, a la vez, rebosan saber, tino, acierto. El saber asimilado de la lectura de las obras de Polo. El saber de haber explicado muchas veces sus principales descubrimientos. El saber de exponerlos de modo asequible e iluminador para el que escucha. Y, junto al saber, es menester destacar el tino, la puntería de mirar de frente al tema decisivo. La antropología es, pensaba Polo, la culminación de su obra filosófica. Y en ella el descubrimiento más importante es el papel del todo singular que la libertad tiene en el ser del hombre. Y, junto al saber y al tino, es preciso señalar el acierto de reunir toda la filosofía de Polo en su propio dinamismo intelectual y vital.

Comprender el ser del hombre como libertad permite articular los logros de la filosofía clásica con las motivaciones más hondas del pensamiento moderno y contemporáneo. Pero sobre todo significa hallar la raíz de la propia

existencia y el sentido entero de la vida del hombre. Como puede verse, son temas decisivos por lo que la constante en todos ellos es que permiten entrever el acicate mismo del saber humano y el fin y el sentido de toda su vida práctica.

El capítulo I se titula “Los trascendentales personales y su conversión”. Empezar por los trascendentales es situarse inmediatamente en la cima del pensamiento, en el carácter trascendental de la persona humana y hacer valer el conocimiento filosófico en su mismo brotar. Los trascendentales personales permiten advertir que el pensamiento humano puede alcanzar un conocimiento radical y riquísimo de la persona. Ya no es sólo lo más excelso de la creación o aquello que posee dignidad. Es todo eso y mucho más. Es descubrir un nuevo modo de pensar del hombre después de la destrucción del pensamiento occidental sin perder ninguna de las mejores averiguaciones desde los filósofos griegos hasta Heidegger. Es una superación neta de lo recibido, es lo alcanzado en una radicalización del pensar humano en busca de Dios. Si es posible una antropología trascendental, entonces es posible la ciencia filosófica. Por esa razón, si la exposición de los trascendentales personales es decisiva, pienso que unir a ese saber su conversión es haber comprendido que la antropología es una ciencia auténtica. Los trascendentales no son piezas noéticas separadas, sino que son el mismo *esse hominis*. Por eso su conversión es la profundización intelectual en el ser intelectual. Y así, cada uno de los trascendentales conduce al conocimiento de Dios y su conversión es también, en cierto modo, el desvelamiento del Dios que nos hace ser. De este modo, el carácter personal de Dios no es ya algo sobrevenido u objeto de demostración, sino lo que se alcanza cuando se desarrolla la antropología trascendental. Toda ella es una gigantesca prueba de la existencia del Dios que adoramos los cristianos.

El núcleo de esta exposición viene revelado en el mismo título del libro: la libertad es la actividad misma del ser del hombre. Otro modo de decirlo sería afirmar que el hombre es libertad. Y aquí libertad significa libertad trascendental, es decir la libertad es el mismo ser del hombre en cuanto capaz de comunicar actividad, por la cual el ser del hombre es siempre “además”, es decir una búsqueda con tante o una apertura irrestricta del futuro, de un futuro que no puede ser “desfuturizado”. Esa búsqueda libre es la que conoce y puede conocer siempre más, porque puede amar y seguir amando. Ser libre es la ilimitada capacidad de crecer siempre más. El ser humano no tiene techo, nunca está terminado, nunca deja de vivir, de entender, de amar. Y eso es posible porque es libre, porque no tiene tampoco suelo, porque no depende de

ningún fundamento: así puede ser actividad cognoscitiva y amante ilimitada. Y así encuentra siempre a Dios, más allá incluso de todo lo conocido y de todo lo querido.

Ahí se encuentra también el engarce entre los dos primeros capítulos: después de examinar los trascendentales y cómo todos ellos nos llevan al conocimiento de Dios, es el momento de desarrollar uno de los temas estrellas de la teoría del conocimiento de Polo, el abandono del límite mental. Y se hace desde la misma antropología, porque sólo el hombre puede llegar al ser y comprender la distinción real de esencia y ser tanto en el universo como en él mismo. Se trata de abandonar el límite mental de tal forma que dejando atrás el objeto pensado, podamos seguir pensando. Por eso el abandono del límite mental se entrecruza con la exposición de los hábitos intelectuales que permiten pensar más allá del objeto. Y precisamente por seguir pensando manifiestan la libertad que caracteriza el ser del hombre y le abren a lo que está por encima de él mismo, es decir, nos permiten pensar en Dios.

Estos dos capítulos no son sólo el comienzo, sino el fundamento para comprender lo que sigue, porque sin saber del ser de la persona no podríamos comprender cómo la libertad define la vida entera del hombre. Sólo pensando lo más profundo podremos entender lo que depende de ello. Por eso los dos capítulos restantes se dedican a la relación de la libertad trascendental con la esencia y la naturaleza humana. Se trata de desarrollar cómo la esencia humana manifiesta el ser mismo de la persona y se constituye como el disponer de ella en vista de lo más alto, del fin. La esencia humana no es, ciertamente, trascendental, pero es el mismo disponer con el que cuenta la persona, mientras que la naturaleza es aquello de lo que dispone. Por eso la esencia se enuncia como el disponer no disponible. Y así, a través de la *sindéresis*, que cumple el papel que Aristóteles atribuía al intelecto agente, se muestra cómo la libertad activa la inteligencia y la voluntad, como facultades. Estas facultades son la iluminación y la aportación que la libertad consigue a través del hábito innato de la *sindéresis* en vistas a la articulación de la biografía del hombre y al desarrollo de su historia. La *sindéresis* articula la extensión de la libertad mediante el desarrollo de los hábitos adquiridos de la inteligencia y de las virtudes de la voluntad. Estos hábitos y virtudes hacen crecer al hombre de acuerdo con los trascendentales metafísicos: de acuerdo con la verdad y con vistas al bien.

Finalmente, el capítulo IV desarrolla la antropología del tener, es decir la exposición de la naturaleza humana y cómo ésta es activada por la libertad: a

través de la posesión corpórea, de las operaciones vitales y del desarrollo de los hábitos intelectuales y morales el hombre puede llegar a ser quien está llamado a ser. Estos niveles del tener es preciso entenderlos en sentido jerárquico, porque sin el debido orden la naturaleza humana pierde consistencia y la vida del hombre se desorienta irremisiblemente. Precisamente por esta articulación podemos hablar de distintos tipos de libertad, y descubrir cómo se jerarquizan, porque dependen de la misma libertad del ser de la persona.

El libro se cierra con una bibliografía excelente. Estas páginas llegarán a ser de obligada lectura para cualquiera que quiera profundizar en el pensamiento de Leonardo Polo: la claridad de la escritura, la sencillez del esquema empleado, la precisión en el uso de los términos, la iluminación de los pasajes difíciles, las luces que aporta, las conexiones que descubre entre las diferentes partes del pensamiento poliano y su relación con los descubrimientos de la historia de la filosofía, confieren a este libro un valor inestimable para todos los que quieran saber de antropología.

Enrique Moros
enmoros@unav.es

M. Alcázar, *Cómo mandar bien. Consejos para ser un buen jefe*

Rialp, Madrid, 2018, 141 pp.

Este libro trata sobre el modo de mandar, porque es ciencia que también se aprende. El autor ofrece nueve puntos que todo directivo debe tener en cuenta al gobernar. Porque cuidar el mando no sólo origina más rendimiento y más beneficio, sino que enriquece la personalidad de directivos y trabajadores. En este sentido el autor propone cuestiones pertinentes al tema de la esencia del mando. Una de ellas es la finalidad del mando en cuyo centro debería estar el servir a las personas que han de sacar adelante a la organización. Siguiendo el planteamiento de Juan Antonio Pérez López, es ayudar a lograr los tres resultados que toda organización debe procurar: eficacia, saber distintivo y unidad.

Asimismo, el autor se pregunta sobre el por qué existen los jefes, y concluye que la razón por la que tiene que haber jefes es para ayudar a los subordinados, por lo cual es subordinado de quienes han de sacar adelante las operaciones. En la misma línea de que mandar es servir, el jefe debe coordinar con